



**El pirata
Mala Pata
Miriam Haas**



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S.A.

© 2009, Miriam Haas
© 2009, Editorial Casals, S.A.
Tel.: 902 107 007
www.editorialbambu.com
www.bambulector.com

Diseño de la colección: Miquel Puig
Ilustraciones interiores y de la cubierta: Ulrike Müller

Cuarta edición: septiembre de 2011
ISBN: 978-84-8343-057-6
Depósito legal: M-36.379-2011
Printed in Spain
Impreso en Anzos, S.L. - Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



1. Aperitivo para el capitán

Al pirata Mala Pata lo llamaban así por tener una pierna herida de bala que estaba algo mala y porque solía tener muy mala suerte. Cada vez que limpiaba la cubierta del *Centauro*, el barco del que era pirata, se resbalaba y ¡cataplum!, se caía al suelo. A menudo, cuando quería desembarcar, se despistaba viendo alguna mosca y ¡chaf!, al agua patos. La mala pata le perseguía a todas partes: en la playa se quedaba dormido y se quemaba; en la taberna los bribones le robaban su dinero y cuando echaba una partida de «Piratas, bastos y malas ratas», un juego de cartas muy popular entre los piratas, nunca ganaba porque le hacían trampa. En una ocasión le asaltaron en un callejón oscuro. El pirata Mala Pata quiso defenderse y sacó su mosquete, pero se había olvidado de cargar-

lo. Los ladrones le dispararon y así fue como le hirieron la pierna. Sin embargo, lo que a él más le fastidiaba era que, cada vez que iban a abordar un barco, tenía tan mala pata que siempre ocurría cuando estaba dormido y nadie se había molestado en despertarlo o cuando, por haber cometido alguna tontería, el capitán ordenaba que lo metieran en el calabozo. Así, en el tiempo que llevaba en el *Centauro*, que no era poco, nunca había podido demostrar lo buen pirata que podía llegar a ser.

–¡Zoquete, tú no sirves para esto! –se burlaban los otros piratas del barco mientras se reían–. ¿Por qué no te vuelves a casa y cuidas de las gallinas?

Entonces el pirata Mala Pata levantaba el puño amenazante y contestaba:

–¡Dejadme en paz, mentecatos! Un día la mala pata que arrastro me abandonará. Y entonces os demostraré que soy mejor pirata que vosotros.

–El día que ya no tengas tan mala pata, estaremos todos bajo el mar, tú incluido –gruñía entonces el pirata Boquerón, que siempre desprendía un ligero olor a pescado podrido.

–Tú has nacido con la mala pata auestas –decía el pirata Bocagrande. Tenía una boca tan inmensa que era capaz de tragarse hasta medio melón o un cuarto de pata de jamón de una sola pieza–. El día

que naciste cayó una tormenta de aúpa, la comadrona no pudo venir, tu padre volvía a estar en la taberna y tu madre te tuvo que traer al mundo sola, sin más compañía que la de un gato viejo y bizco. ¿No es eso tener mala pata desde el principio?

Y los piratas se reían a coro.

–Vosotros seguid con vuestras burlas, pero ya veréis: el que ríe el último, reirá mejor, y ese seré yo – contestaba siempre el pobre Mala Pata.

Estando un día en cubierta, se le acercó su capitán Teo Beltrán, un fiero pirata con puños de acero y dientes afilados como cuchillos. No era mal capitán, sólo algo gruñón.

–¡Tú, Mala Pata! –rugió–. Voy a tomar el aperitivo en la cubierta. Baja a mi camarote y súbeme una silla. Y luego ve a la cocina y tráeme unas lonchas de chorizo, cacahuets y un vasito de gaseosa de coco. ¡Y date prisa!

Mala Pata hizo lo que se le ordenó. Bajó al camarote a buscar una silla, pero al subir las escaleras tropezó con tan mala pata que se cayó.

–¡Rebanada de rata podrida! –refunfuñó.

Por suerte no se hizo mucho daño. Lo único que se rompió fue una pata de la silla. La intentó arreglar con un martillo y clavos, y se dio en los dedos. El pirata volvió a echar pestes.

–¡Por las barbas de mi abuela! –se oía chillar mientras tanto en cubierta al capitán–. ¿Se puede saber por qué tardas tanto, mequetrefe?

–¡Ya subo! –le contestó Mala Pata intentando darse prisa.

–¡Qué lento eres! –le riñó el capitán cuando recibió la silla–. Como seas tan lento para traerme el aperitivo, ¡pelarás patatas el resto de tus días!

Mala Pata odiaba pelar patatas, así que se fue corriendo como una bala a la cocina y en un santiamén volvió con el chorizo, los cacahuetses y la gaseosa de coco.

–Así me gusta: ¡rápido como el viento y obediente como un valiente! –le alabó el capitán. Pero se había alegrado demasiado rápido. Con el vaso de gaseosa en una mano y a punto de meterse un cacahuete en la boca, la pata de la silla se volvió a romper y el feroz pirata se cayó al suelo. Se manchó de gaseosa y casi se atraganta con el cacahuete–. ¡Vientres de sapo apestoso! ¡Como te pille, te acordarás de lo bien que estabas con tu madre! –chilló enfurecido, mientras se levantaba del suelo.

Para que no le castigaran, Mala Pata salió huyendo. Se escondió en la despensa a la espera de que se calmaran las aguas, pero su escondite no le sirvió de nada. Soplón, el cocinero barrigón, que era un chivato,

le había delatado. El pobre Mala Pata acabó en la cocina pelando patatas y de nuevo tuvo que pasar la noche en el calabozo.

–Eso te pasa por no tener cuidado con las cosas del capitán –rió Soplón al pasarle por entre las rejas de la celda un poco de pan seco para cenar.

–Eso me pasa por ser tú un chivato –replicó Mala Pata–. Cuando salga, te hago tragar el pan y de postre te doy de recuerdo un coscorrón.

